Ocre rojo

Juan Carlos Pereletegui

Ganador del concurso «Hellín2Patrimonios» 2021

Ayuntamiento de Hellín

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui Jornet
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

En Hellín, mayo es un mes amable. En esta tierra de extremos, que pasa del frío estepario al calor africano cual si una puerta girara sobre sus goznes, mayo representa la mínima pausa en la que gozar de su naturaleza adusta y severa. Quizás fuera ese el motivo por el que aquella tarde a mitad de primavera doña Encarnación sintió las primeras molestias y, a pesar de ser primeriza, o quizás por ello, tuvo la seguridad de que la vida que crecía en su vientre no pensaba aguardar más. Fue un parto duro, que se inició en las postrimerías de esos atardeceres que ya alargaban y acabó bien entrada la mañana del día siguiente, con la madre casi sin fuerzas para sostener el pequeño y renegrido bulto que la matrona depositó entre sus brazos. Severino heredó el nombre de su abuelo materno, pero nada más. Tuvo de débil, enfermizo y escuchimizado todo lo que el bisabuelo había sido de duro, sano y bien plantado, según el vanagloriado recuerdo familiar. Eso no fue obstáculo para que gozara siempre de la amorosa protección de sus padres, quizás porque el largo y dificultoso parto cerró el paso a otra descendencia.

Mientras Encarnación y Severino trataban de conocerse, Juan Jiménez ponía el pie en una cueva llamada «de las pinturas», en lo alto de un cerro enhiesto que domina el caserío de Minateda, a una decena de kilómetros al sur de Hellín. A Juan lo de las pinturas se la traía más bien al fresco, pero su patrón, el abate Breuil, pagaba bien, y escudriñar las peñas era más entretenido que tirar de legona en los bancales resecos. Al ver los metros y metros de muro pintados sin el menor resquicio libre, supo que esta vez la recompensa del señor Breuil habría de ser generosa.

A doña Encarnación solo le preocupaba que en su séptimo cumpleaños Severino era tan flaco y canijo como sus trazas de recién nacido hacían esperar, aunque mostraba una inteligencia vivaz y un carácter bondadoso. Justo por aquellas fechas de 1921 toda la familia tomó el tren en el apeadero de Minateda, al pie de las pinturas que habían puesto el nombre de Hellín en boca de muchas, que ahora aún habían de ser más ya que Severino y sus padres, junto con lo más granado de sus conciudadanos, se dirigían a Madrid, a la inauguración de la exposición «Arte Prehistórico Español», apadrinada nada menos que por Su Majestad Alfonso XIII y en la que las pinturas de Minateda se codearían con las famosísimas de Altamira, a las que superaban, a decir de algunos. Severino apenas entendía nada de todo aquel desatino, a pesar de que unos días antes doña Encarnación lo había subido hasta el abrigo y le había enseñado

las famosas pinturas. El largo viaje en tren hasta la capital lo dejó desmadejado y al día siguiente doña Encarnación tuvo que hacer valer toda su autoridad para ponerle el precioso traje de marinerito que le habían comprado para la ocasión y que Severino odiaba, pero las lágrimas y los mocos se le secaron apenas puso el pie en el atrio de la Biblioteca Nacional y se vio rodeado, en la primera sala, de los maravillosos bisontes de Altamira que Breuil había copiado al pastel casi veinte años antes, siendo apenas un muchacho, en largas jornadas tumbado de espaldas sobre el barro. Olvidado de su atuendo Severino recorrió las vitrinas cogido a las faldas de doña Encarnación, a buen paso, porque todos los hellineros estaban ansiosos por llegar a la sala tres, en la que se exhibían *sus* pinturas. Mientras amigos y vecinos se felicitaban mutuamente, Severino se pasmó ante uno de los dibujos, en el que una mujer llevaba de la mano a una niña en medio de una manada de caballos a los que escuchó relinchar. La niña se volvió hacia él y lo miró. Era de su misma edad, menuda, con una melenita azabache que no llegaba a tocar los hombros, sujeta por una tira de cuero anudada en la frente. Tenía la tez muy oscura y dos ojos azules como el cielo que los cubría. La mujer también miró a Severino. Era una anciana de cuerpo enjuto, pleno de energía nerviosa. Dgena, la niña, dijo que Severino estaba con ella, porque se llamaba Dgena y él lo sabía sin preguntarse cómo lo sabía. La anciana asintió. Ella y Dgena se sentaron en el suelo de piedra, unieron sus manos y comenzaron a salmodiar muy bajito. Estuvieron así mucho rato, con Severino mirándolas sin percibir el paso del tiempo. Se fijó que en la pared solo había unos caballos en el centro, junto a un toro enorme, una hilera de cabras a la izquierda y unos cuantos ciervos muy a la derecha, con grandes espacios vacíos entre ellos. Intentaba entender qué había pasado con el resto de las pinturas que vio junto a su madre, cuando la salmodia terminó. Dgena se puso en pie, tomó un cuenco con brillante ocre rojo y mojó en él las barbas de una pluma de ave. La sostuvo por el cálamo con mano segura y trazó entre los caballos el dibujo de una mujer que conducía de la mano a una niña: se había pintado a ella misma junto a su maestra. Al terminar miró a Severino y lo despidió con un brillo travieso en los ojos azules. Severino sintió una mano en su hombro, volvió la cabeza y vio una sotana rematada por una cara redonda y afable que le preguntaba con acento francés si se encontraba bien. Severino asintió y se puso de puntillas, como para decir algo. Henri Breuil se agachó y Severino le mur-

muró al oído que sabía quién había pintado a la mujer y la niña. Entonces el abate Breuil acercó sus labios a los oídos de Severino y le dijo que ya lo sabía y que él también conocía a Dgena, pero que era un gran secreto que debía guardar. Severino obedeció y nunca lo reveló, ni siquiera cuando años después regresó a la capital para estudiar Historia en la Universidad Central, donde asistió a las clases de Hugo Obermaier, catedrático de Historia del Hombre Primitivo e íntimo amigo de Breuil, al que Severino recordaba haber visto junto a Alfonso XIII en la famosa exposición de 1921. Coincidió Severino con un falangista soberbio llamado Julio Martínez Santa-Olalla, al que aborreció pronto. Obermaier tomó bajo su protección al tímido y escuálido muchacho, que apenas había acumulado algunas libras de carne sobre sus huesos livianos, al tiempo que compartió su ojeriza hacia el Santa-Olalla. Finalizaba 1934 cuando al despacho de Obermaier llegó la noticia de un descubrimiento excepcional en las ásperas sierras del Maestrazgo castellonense. Un conocido pintor de aquella comarca luminosa, Juan Bautista Porcar, le enviaba algunas fotos de un fabuloso hallazgo en el barranco de la Gasulla. Era una región bien conocida por Obermaier, porque en 1919 pasó varias semanas, de las mejores de su vida, en el cercano barranco de la Valltorta, junto al dibujante Francisco Benítez, copiando algunos de sus numerosos abrigos. Obermaier y Porcar organizaron el estudio de las pinturas de la Gasulla para el verano de 1935, junto al fotógrafo Eduardo Codina. Obermaier logró convencer a su viejo amigo Breuil, que últimamente andaba demasiado encelado con el Paleolítico francés, para que volviera a España, después de mucho tiempo. También invitó al joven Severino a unirse al grupo, a quién le entusiasmó la idea de reencontrarse con la única persona en el mundo ante la que podía mencionar a Dgena. Terminado el curso, Severino regresó a Hellín para pasar un tiempo con sus padres. Desde allí se desplazaría a la Gasulla a primeros de agosto. Por desgracia unos días antes de la partida unas fiebres tifoideas lo postraron en cama y lo llevaron al borde mismo de la muerte. Tampoco en la Gasulla hubo mucha mejor suerte y Breuil tuvo que retirarse al poco de comenzar, aquejado de disentería. Aunque Severino superó la enfermedad, esta lo dejó tan debilitado que hubo de guardar cama durante todo el verano y solo en octubre, con el aflojar de la canícula, juntó ánimos para salir a la calle. Debía regresar a Madrid para continuar con sus estudios, pero antes era menester restaurar la salud, para lo que se impuso largos paseos diarios

por los alrededores. En cuanto las fuerzas lo alcanzaron subió al abrigo de Minateda. Para entonces ya había sido necesario protegerlo de su propia fama mediante un vigilante pagado por el municipio, pero ya era un buen amigo de Severino. Solía llegar a final de la mañana, agradecía con un suspiro la sombra fresca de la cueva, se sentaba en el suelo, ponía ante sí la botella de agua y el companaje que le había preparado doña Encarnación, y admiraba la obra de Dgena, porque estaba convencido de que una parte del inmenso fresco había salido de su mano. Recordaba haber visto la pared casi vacía, tan solo con algunos rebaños de animales por aquí y por allá, nada comparable a los centenares y centenares de figuras que ahora llenaban el conglomerado rojizo de un extremo al otro del cerro. Se sentaba en el centro, frente a la figura de Dgena y su maestra, e intentaba adivinar qué figuras se debían a la joven pintora. Un poco a la izquierda, junto a los cuartos traseros de un toro de casi un metro de longitud, una escena de lucha siempre captaba su interés. Arqueros de gran tamaño, con arcos enormes de doble curva y el interior del cuerpo pintado de líneas paralelas arremetían contra otros más pequeños, con arcos de una curva y el cuerpo relleno completamente de pintura. Sabía que Breuil interpretaba esa escena como una batalla entre dos tribus, dotadas por ello de características diferenciales por el artista. El abate atribuía a los grandes arqueros de relleno listado un origen foráneo, oriental, por sus enormes arcos de doble curva, ideas que algunos atribuían a los excesos a los que a veces se dejaba arrastrar el abate, sin embargo, se decía Severino, si el abate conocía a Dgena, bien podía saber la auténtica verdad, esa que es imposible de descubrir en las aulas de la universidad, a la que volvió cuando el otoño desnudaba ya las numerosas arboledas de la capital, para alegría de Obermaier, que estaba entusiasmado con los dibujos y fotografías traídos de la Gasulla. En septiembre había presentado la preceptiva memoria de excavación, pero ahora preparaba junto a Porcar una monografía de altos vuelos científicos. Severino quiso ver los dibujos pero Obermaier le dio largas, temeroso de que el trabajo se difundiera antes de tiempo. En compensación le prometió incluirlo en la nueva expedición que preparaba para el año siguiente, ya que sin la ayuda de Breuil, la mitad del trabajo había quedado por hacer. Severino se tuvo que conformar con eso; con eso y con oír hablar de la monografía durante toda el invierno de 1936. Obermaier la revisaba una y otra vez, pidiendo incesantes cambios a Porcar y Codina,

hasta que a finales de mayo el exigente sabio alemán se dio por satisfecho, dando su visto bueno para que el libro fuera a imprenta. La edición estaba sufragada por los tres autores, Obermaier, Porcar y Breuil, que serían los receptores de los libros para darles el destino que desearan. El país sin embargo no parecía muy interesado en los finos trazos levantinos, ni en sus delicadas figuras. Corrían tiempos tumultuosos, que arreciaban conforme se acercaba el verano. Breuil anunció que no acudiría a la Gasulla por temor a la situación política y Obermaier dejó el trabajo en manos de Porcar y Codina y se marchó a Suecia, para asistir a un congreso. El sabio alemán tenía buenos contactos en las élites, como el duque de Alba o el conde de la Vega del Sella, que sin duda estaban enterados de lo que se preparaba y bien pudieron aconsejarle la conveniencia de salir del país en aquel fatídico mes de julio. En agosto, en medio ya de la locura, la sangre y el despropósito, Porcar depositó en la delegación de Hacienda de Castellón el importe íntegro de la subvención recibida y dio por cancelados los trabajos en la Gasulla. Severino se refugió en Hellín, donde su debilidad natural, agravada por las terrible noticias que llegaban sin cesar, lo libraron del reclutamiento, pero no de la pena y la vergüenza. Pasaron así tres años terribles antes de que el recadero de Minateda se presentara en casa de los padres de Severino con un paquete que había llegado a su nombre en el expreso de Valencia y que contenía un libro y una carta de Juan Bautista Porcar. En ella le explicaba que durante todo aquel tiempo había dado por inútiles los desvelos que junto a Obermaier se había tomado por la monografía de la Gasulla. El catedrático se había exiliado en Suiza, su despacho de la Universidad Central fue saqueado por turbas de no importa qué color y la imprenta quedó destruida por los bombardeos, sin embargo unos meses atrás había recibido una extraña carta de Pere Bosch Gimpera, rector (por poco tiempo) de la Universidad Autónoma de Barcelona, seguida de la visita de un falangista sombrío, Julio Martínez Santa-Olalla, ambos interesándose por la monografía, lo que le hizo pensar que quizás no todo estaba perdido. Santa-Olalla manifestó que aunque la monografía existiera, era inútil, porque había sido escrita por extranjeros y era mejor que se hubiera perdido para siempre. Porcar se trasladó a un Madrid arrasado y tras varios días de pesquisas rescató de las ruinas de la imprenta cuarenta ejemplares de la monografía de la Gasulla. Le enviaba un ejemplar porque sabía del aprecio en que le tenía Obermaier. Severino pensó que no era posible,

que el pintor se confundía con la memoria de la excavación, que Obermaier entregó en septiembre de 1935 y que se había publicado al año siguiente, sin embargo al abrir el libro leyó en la contratapa: «Tirada aparte de la memoria num. 136 de la Junta Superior del Tesoro Artístico. Sección Excavaciones». Entonces Severino supo que tenía entre sus manos el libro más afortunado de la Arqueología española. Después de cenar y de desear las buenas noches a sus padres se sentó en una butaca del salón de la planta baja, abrió el libro y pasó las páginas con respeto reverencial hasta llegar a la lámina XXVIII. La desplegó con mimo, retiró el papel cebolla que indicaba la numeración de las figuras y saludó a Dgena en medio de un frenesí de gritos y danzas. Ella le hizo una inclinación de cabeza para que se acercara. Sintió que los muchos presentes lo miraban con curiosidad pero Dgena les dijo que estaba con ella. Tenía la pluma de ave ya cargada de ocre rojo y, con la facilidad que dan los años de experiencia, pintó dos figuras: un cazador con su arco y junto a él un niño que enarbolaba su haz de flechas y apretaba en la mano izquierda su arco, orgulloso de salir a cazar con su padre por primera vez. Severino admiró a Dgena mientras la mujer trazaba el dibujo, era una mujer en la plenitud de su madurez y de su belleza. En la espalda ancha y desnuda, curtida por el sol y el viento, cada músculo se marcaba con nitidez. Tras la oquedad de los riñones, la falda de cuero con dos picos no impidió que Severino trempara como nunca en su vida de célibe. Dgena terminó, se volvió y lo invitó a contemplar su obra. Sus pechos llenos y su vientre moreno turbaron a Severino hasta marearlo. Cuando se repuso la vio abrazada por un mocoso de la edad que ellos tenían cuando se conocieron y supo que la pintura representaba al hijo de Dgena y a su padre. En aquellos veinte años ella se había convertido en una muy apreciada chamana, que dominaba la ciencia de hablar con los Grandes Padres y de representar en las paredes lo que ellos le ordenaban. Había sido llamada para pintar en aquel valle de luz y que los Grandes Padres dictaminaran que debía pintar a su familia era una muestra de su aprecio. El muchacho se soltó de su madre y dando brincos siguió a su padre, que ya se alejaba con el resto de los cazadores. Dgena tomó entonces a Severino de la mano y le mostró el resto de su obra, hasta que contemplando el acoso de unos arqueros a un jabalí el papel cebolla se materializó entre sus dedos mientras las primeras luces de la mañana se colaban por las ventanas e iluminaban el último día de la guerra, tras la cual Severino regresó

a Madrid para acabar sus estudios de Historia, que ya no eran lo mismo sin Obermaier, que nunca volvió a su cátedra y murió solo, aunque no olvidado, en Friburgo, en 1946. Severino sacó plaza de profesor de instituto en Moratalla, apenas a una hora de coche de Hellín, lo que le permitía estar cerca de sus padres. Allí se ganó fama de profesor exigente pero justo, capaz de obtener de cada cual el máximo según su talento y sus circunstancias. Por supuesto nunca se casó ni se enamoró. El recuerdo de Dgena era demasiado fuerte. Seguía de cerca la investigación sobre el arte rupestre y estaba en relación con muchos profesionales. Por Teógenes Ortego y Eduardo Ripoll tuvo noticias de los descubrimientos en Teruel, en los valles del Martín y del Guadalope y en las serranías de Albarracín, también por Martín Almagro, que lo puso en contacto con Miguel Ángel García, a quién acompañó a partir de 1958 en su estudio de las pinturas descubiertas en el vecino Nerpio. Supo de Santa-Olalla, que se había apropiado ilegalmente de la cátedra de Obermaier, con la anuencia de las nuevas autoridades; también de la guerra abierta que mantenía con Martín Almagro y Lluís Pericot por quién acumulaba más prestigio e influencia. Francisco Jordá lo mantenía al corriente de lo que se cocía en el Cantábrico y más tarde de toda la actividad que impulsó desde su cátedra de Salamanca. Muchos animaban a Severino a unirse de forma más activa a sus trabajos, pero a él no le movía otro interés en aquel frenesí, que por otro lado encontraba demasiado mundano, que la esperanza del reencuentro. Lamentó profundamente la muerte de Breuil en 1961, no tanto por el sincero aprecio que sentía por el irascible y testarudo abate, como por el vínculo especial que los unía: Dgena. Pasaron los años y Severino vivió del recuerdo de aquella mujer esplendida que vio en el barranco de la Gasulla, con su pecho deslumbrante, bañada por chorros de luz mediterránea, los ojos azules, la melena negra, sujeta con una tira anudada en la frente, la falda de cuero hasta las rodillas, una visión que no le soltó ni cuando Antonio Beltrán llegó hasta aquel extremo sur, como una tromba, dispuesto a verlo todo, a fotografiarlo todo, a publicarlo todo, y Severino le ayudó en lo que estuvo en su mano. También se descubrieron pinturas en Moratalla, en la cañaíca de Andrés, junto a unas canteras, y Severino acompañó a Beltrán, ¡cómo no!, a estudiarlas. Más tarde un niño descubrió un pequeño abrigo con unas pocas pinturas al este de la cañaíca de Andrés. Era demasiada poca cosa para los primeros espadas y se ocuparon de su estudio dos hermanos, jóvenes e impetuo-

sos, alumnos de la Universidad de Murcia. Severino se ofreció a Pedro y Martín Lillo en lo que pudiera serles de utilidad. El día que viajaron desde la capital hasta el lejano altiplano murciano no pudo acompañarlos al abrigo por sus obligaciones en el instituto, pero ellos le agradecieron sus atenciones haciéndole llegar un ejemplar de la «Revista de Murcia» en la que se publicó su breve artículo. Severino se encontró la revista en su buzón al volver del instituto, la juntó con el resto del correo y después de comer se acomodó en su sillón favorito para saborear su lectura. Buscó el artículo en el índice, abrió directamente la primera página y se encontró a Dgena mirándole con sus ojos azules. El pelo negro ya blanqueaba y los pechos habían perdido la opulencia de antaño, pero seguía siendo una mujer robusta, nervuda, en absoluto doblada por la edad. Había cambiado la falda corta de dos picos por otra acampanada, que le llegaba a los tobillos. Le dio la bienvenida con una sonrisa. La acompañaba una jovencita que se le quedó mirando con curiosidad, hasta que oyó a Dgena decir que estaba con ella. La muchacha se despreocupó entonces de Severino, se sentó en el suelo de piedra y lo mismo hizo Dgena, aunque con menos ligereza. Se cogieron de las manos y comenzaron a salmodiar. Severino sabía que estaba viendo a Dgena dar el relevo a su última pupila, como mucho antes aquella mujer nervuda había hecho con ella en el cerro de Minateda. Mientras ellas canturreaban Severino contempló el paisaje y pensó que toda su vida se reducía a aquel instante. Había hecho el viaje con Dgena, desde que fuera iniciada por su predecesora hasta verla pasar el testigo a la que había de continuar con la tradición, aunque hasta las más arraigadas tradiciones cambian. Cuando la niña cesó de cantar, tomó el cuenco y mojó las barbas de la pluma de ave. Con el ocre rojo trazó en la pared una figura alargada, en la que la cabeza triangular se unía con la falda acampanada mediante una larga y gruesa raya. Junto a ella pintó una figura idéntica, pero con la mitad de tamaño, una pareja muy diferente a la de Minateda, aunque con idénticos pies. Dgena sonrió con indulgencia y Severino leyó en su cara que aceptaba la diversidad como algo natural. Mientras la niña terminaba con su labor, Dgena se sentó junto a Severino, lo tomó de la mano y juntos observaron el paisaje en silencio, hasta que la tarde declinó, la luz murió y Severino se dio cuenta de que ya no veía la revista que tenía entre las manos. Se levantó, encendió una lámpara, miró la revista y lloró como solo volvería a llorar unos meses después, cuando se jubiló y recibió el

homenaje de sus exalumnos. Regresó a Hellín, a la casa familiar, ahora cerrada y vacía.

Tiempo atrás había oído del descubrimiento de pinturas en Alicante, en un municipio con el curioso nombre de Vall de Laguart, que en realidad eran varios pueblos que se habían unido bajo ese nombre. La noticia le llevó a contactar con algunos jóvenes animosos pertenecientes al Centre d'Estudis Contestans. Tomó la costumbre de acompañarlos de cuando en cuando en su rastreo minucioso del norte de la provincia de Alicante a la búsqueda de pinturas y así vivió con ellos un mediodía de julio el descubrimiento del increíble santuario de Pla de Petracos y sus sorprendentes pinturas, tan diferentes de todo lo hallado hasta entonces. Aquellos años junto a los jóvenes del Centre fueron de los mejores de su vida, aunque nunca se atrevió a hablarles de Dgena, a la que temía no ver una última vez. A pesar de ello, aquella mañana se levantó con un presentimiento. El día anterior le habían telefoneado sus amigos de Alicante. Necesitaban ir a Minateda para verificar unos detalles de las copias en las que llevaban tiempo trabajando, un visita rápida. Si él podía ocuparse de recoger las llaves les ahorraría un tiempo valioso. Apenas clareaba cuando dejaron los coches y enfilaron la senda del abrigo. Una vez ante las pinturas los dejó hacer, como tenía por costumbre, limitándose a contemplar sus afanes, sus discusiones, su pasión. Nada de eso compartía él. Para Severino las pinturas significaban una sola cosa: Dgena, nada más. El resto le traía sin cuidado. No le importaba si eran neolíticas o epipaleolíticas, si aquel ciervo estaba por encima o por debajo de qué trazo, si tal figura debía considerarse levantina o esquemática, si aquel zigzag era macroesquemático o esquemático antiguo. Dgena, Dgena y solo Dgena. Sí, se emocionaba cuando se encontraba ante aquellas obras fascinante, dinámicas, atrevidas, transgresoras… pero solo porque sentía que le ponían en contacto con ella. Su mundo empezaba y terminaba con la mujer de melena negra y nudoso cuerpo de roble. Los alicantinos acabaron por fin su trabajo y recogieron sus bártulos. Tenían prisa por regresar. Severino les dijo que marcharan tranquilos. Él bajaría poco a poco y regresaría a Hellín dando un paseo. Era bueno para sus huesos, decía el médico, y tenía toda la tarde. Esperó a que partieran, luego fue al centro de largo muro. Hacía mucho que no se sentaba a contemplar a Dgena y su maestra. Dgena lo miró con sus ojos azules y forzó una sonrisa. Las pupilas lo saludaron con el mismo afecto de siempre, pero Severino sintió su preo-

cupación. Era consciente de que por primera vez se encontraba con Dgena ante las propias pinturas y no por intermedio de los dibujos de terceros, aunque no supo cómo interpretarlo. La melena que la cinta de cuero sujetaba era rala y completamente blanca; el cuerpo fibroso estaba encorvado y parecía frágil. Machacaba una piedrecita de ocre con movimientos rígidos, pero al mismo tiempo precipitados, como si le faltara tiempo o temiera algo que había de ocurrir. Por fin se dio por satisfecha de la finura del polvo y lo vertió en un cuenco. Cascó un par de huevos que había a sus pies, dentro de un nido de hierba reseca, y agregó las claras al cuenco, luego un poco de agua. Removió con la celeridad que permitían sus hueso viejos y sus brazos descarnados, agregando una pizca de agua de cuando en cuando, hasta que la mezcla tuvo la densidad deseada. Entonces tomó un par de plumas y se acercó al gran toro. De vez en cuando miraba por encima de su hombro, como esperando, o temiendo. Aprovechaba para sonreír fugazmente a Severino y volvía la atención a la pared. Severino se percató del vacío que había tras el gran toro, allí donde él conocía la escena de la batalla entre los arqueros de arco curvo y los de arco simple, los de cuerpo listado y los de cuerpo liso, los grandes y los pequeños. Entonces supo lo que Dgena esperaba y temía y él esperó y temió. Al comenzar su trabajo los movimientos de Dgena perdieron toda su rigidez, como si el pintar la rejuveneciera. Severino admiró sus ademanes fluidos, acuosos, sus posturas forzadas para obtener el ángulo justo de la pluma sobre la pared y que parecían ignorar las articulaciones casi soldadas de la anciana. Todo el amor que Severino había acumulado por ella durante una vida de espera y deseo se derramaron por la piedra dura del abrigo grande de Minateda. Entonces los oyó. También Dgena. Giraron la cabeza simultáneamente y los vieron. Grandes y feroces, con el cuerpo oscuro cubierto de lineas blancas del cuello a los pies, enarbolados los gigantescos arcos de doble curva. Lanzaban gritos agudos que eran respondidos por gruñidos oscuros. A una voz los arcos se tensaron y con un gruñido soltaron las cuerdas. Volaron las flechas y Dgena cayó acribillada justo tras dar el último toque al cuerpo flechado del centro de la escena. El cuenco rodó a sus pies y el ocre rojo se confundió con su propia sangre. Era mediodía. La canícula arrancaba el olor dulzón de la ruda y excitaba a las chicharras. Severino seguía sentado en la dura piedra, la cabeza caída, sostenida por la barbilla apoyada en el pecho enjuto. Ya estaba muy lejos de allí. Caminaba junto a Dgena, cogi-

dos ambos de la mano. Bañados de luz mediterránea atravesaban campos de tierra fértil, de los que no tardaría en brotar la escanda. Se dirigían a una peñas ante las que un hombre sentado sobre una piedra dibujaba con celeridad sobre una tablilla. Breuil los oyó llegar. Dejó a un lado sus barras de pastel y sus cuadernos, se puso en pie y los saludó.